
CONFERENCIA XXX.

EL PARAISO DE LA ENCARNACION.

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MONSEÑORES (1), SEÑORES.

Dios, para honrar la majestad de su hijo, preparó de antemano el mundo moral para su venida, como de antemano habia preparado el mundo fisico para el hombre, re de las criaturas. La obra de reparacion que debia salvar al género humano es, en un orden superior, la repetición de la obra de la creación. De una y otra parte vemos sucederse las figuras, las promesas, los prodigios, las catástrofes, y llegar la plenitud de los tiempos. Esto no debe espantarnos. Las operaciones del poder divino están siempre reguladas por una misma sabiduría, cuyas leyes invariables se aplican a la producción de todo bien. El orden así lo quiere, dice Santo Tomás: *Hoc fit propter ordinem promotionis in bonum* (2). Sigamos este orden hasta su término, y acabemos el paralelo comenzado.

(1) Su Eminencia el Cardenal Guibert, Mons. Ravinet, antiguo Obispo de Troyes, y Mons. Charles Mutschl, Abad mitrado de Mariastein (Suiza).

(2) *Summ. Theol.* III p. quaest. 1.^a a. 5.

Después de haber preparado el mundo, Dios no introduce en él como al acaso al hijo de su amor. Desde el comienzo del período de sosiego había plantado un jardín de delicias en donde la naturaleza más variada y fecunda prodigaba sus dones para encanto de la vista y enajenamiento de los sentidos. De una misma fuente salían cuatro ríos que arrastraban en sus apacibles ondas el oro mezclado con las piedras preciosas. En este paraíso coloca Dios al hombre para que fuese juntamente su guarda y su obrero. *Posuit eum in paradiso voluptatis ut operaretur et custodiret illum* (1). Allí es donde nuestro primer padre entona el himno de sus bodas con la virgen, hueso de sus huesos, carne de su carne. Figura noble y embeleso del lugar bendito en donde Dios había de dar la última mano a la plenitud de sus preparaciones. En el mundo preparado para el nuevo Adán, el Verbo encarnado, era necesario un paraíso; no ya una tierra fértil de la cual hubiera de tomar posesión después de criado, sino una morada viviente donde se formase su carne adorable; un santuario lleno de misterio y de gracia donde se celebrasen las bodas inefables de la naturaleza humana y de la naturaleza divina. Y porque el Verbo, Dios eterno, es anterior á su paraíso; porque él lo ha escogido con su padre desde el principio de los siglos; porque lo ha preferido á todas las criaturas y ha concentrado en este único objeto las más tiernas complacencias de su amor, le pertenecía, antes de entrar en él, preservarlo de toda invasión de pecado y acumular en él todas las bellezas y todas las riquezas de la naturaleza y de la gracia.

Ya habreis adivinado mi pensamiento, se-

(1) Genes., cap. II, 8-15.

ñores, y habreis dicho en vuestro corazón: El paraíso de la encarnación es María (1). Sí, es María, y yo me siento hoy feliz y orgulloso de publicar sus grandezas ante la más hermosa asamblea del mundo cristiano. Yo sería un hijo ingrato, oh madre mía, si por vuestros tan largos beneficios no os rindiere en este día un tributo de alabanzas. Dulce es mil veces á mi corazón pagar solemnemente esta deuda de amor y hacer servir á vuestra gloria las bendiciones que habeis dado á mi palabra.

Se nos reprocha con frecuencia, señores, de llevar hasta el exceso nuestra admiración, nuestro amor y nuestro culto á la Santísima Virgen, y de desatender en este punto la austera tradición de los primeros siglos de la Iglesia. Este reproche encierra una ignorancia junto con una calumnia, ignorancia de la tradición y de nuestra verdadera enseñanza; calumnia que nos atribuye las extravagancias de una piedad mal entendida. Nosotros no somos responsables de esas extravagancias, sino únicamente de nuestros principios y de las consecuencias que de ellos deducimos. Hay, pues, un principio fecundo, que la teología explota hace más de diez y ocho siglos y que explotará hasta el fin de los tiempos para estimular la fé y el amor del cristiano. Hé aquí el principio: María es madre de Dios. Por razón de este título ocupa María un tan alto lugar en el plan divino, tiene tanta parte en el misterio de la encarnación, se halla tan íntimamente unida á la obra y destinos de su hijo, que nadie podrá admirarla, ni amarla, ni honrarla por

(1) Proclo de Constantinopla (344) llama á María: «El inaccesible santuario de la Inocencia... el paraíso virginal cerrado á la culpa, donde se ha de formar el segundo Adán.»

La Iglesia en su oficio saluda á María en estos términos: Ave amoenissimus et rationalis Dei paradisos. (2 noct. off. de *Immacul. Concept.*)

demás. Una vez para siempre, notad bien, os ruego, el sábio discurrir de la teología y la alta razón de la enseñanza católica. No vamos ahora á buscar la maternidad divina á través de grandezas y privilegios imaginarios; sobre este noble y bello; Maria es madre de Dios, construiremos todo el edificio de su gloria.

En el curso de nuestra exposicion se nos ofrecerán ocasiones de saludar más veces esta gloria: al presente atengámonos á la idea general que ha regulado la marcha de nuestras conferencias, y contemplemos en Maria la plenitud de las preparaciones divinas. Maria es el paraíso de la encarnacion. Pidamos al eterno custodio y sumo obrero que ha de venir á habitarlo, que nos diga lo que El ha hecho para preservar su morada de toda mancha y cómo la ha hermoseado con sus dones.

I.

Ya sabeis, señores, la ley que pesa sobre nuestra naturaleza decaida, ley de muerte, en virtud de la cual todo nacido de linaje humano es hijo de pecado y se halla desposeido de la sávia sobrenatural que en un principio animaba á nuestro primer Padre. Esta ley no exceptúa á nadie, á no ser al mismo Dios, que al tomar carne humana, no quiso servirse en su concepcion de la potencia activa, por la cual es enjendrada toda carne. Todo aquel que nace de esta potencia, recibe de ella al mismo tiempo la muerte y la vida. Maria no estaba libre por naturaleza de esta fatal herencia. Envuelta como toda criatura humana en la corriente de la generacion, por necesidad tenia que ser envuelta en la corriente del pecado. Cuando yo leo su genealogía, me parece oír como un ruido siniestro semejante al de un río cenagoso

que se precipita, confundiendo en sus aguas la onda pura de las blancas nieves con el lodo de los campos devastados. Se me figura que tambien el escogido paraíso del Hombre-Dios va á ser manchado, y tiembla. ¿Cómo evitaréis vos, Virgen santa, la invasion de esa corrupción general? Bien veo que en la lista de vuestros antepasados se encuentran santos entre los criminales, y que los venerables ancianos de quienes vos seréis el fruto tardío, estaban llenos de la gracia de Dios. Pero esos santos, han sufrido lo mismo que los criminales, la ley comun. Desde Adán hasta Joaquin, cada nombre de vuestra genealogía, como un vago gemido, murmura estas palabras de los libros santos: *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea* (1). He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me concibió mi madre. Por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte. *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit et per peccatum mors* (2). ¡Oh ley terrible del pecado, la naturaleza quiere que vos triunfeis!

Pero escuchad, señores; ya oigo venir del cielo el río de la redencion. Llamado por la esperanza y penetrado de una virtud reparadora, en virtud de los méritos futuros del Verbo encarnado, ha salido al encuentro del pecado hasta en la misma cuna del género humano; y si permitió por tanto tiempo que la ley de muerte se ejecutase en cada generacion, fué porque esperaba que el sacramento de fé le abriese la puerta de las almas. ¿Esperará ya más cuando tantos motivos le apremian á que prevenga en el alma de Maria la invasion del pecado?

(1) Psalms. L.

(2) Rom., cap. V, 12.

Dios ha escogido desde la eternidad á esta hija de nuestra raza maldita para introducir en el mundo al Libertador, y previniendo sus destinos gloriosos, la ha asociado al culto anticipado que las cosas y la humanidad daban á su hijo, durante los largos siglos que precedieron á su venida: al culto silencioso é ignorado de las figuras, al culto elocuente y público de las profecías. La zarza ardiendo de Moisés, inundada de la gloria de Dios y conservando en medio de las llamas la humedad de su sávia, la lozania de su verdor y el perfume de sus flores (1), ¿no es María desposada con el Dios de amor, verdaderamente Madre del Verbo hecho carne y conservando con el honor de la maternidad la sávia, la lozania y el perfume de la virginidad? La vara de Aaron floreciendo en el interior del tabernáculo (2), ¿no es María la que en el momento en que las madres de Israel esperan dar á luz al Mesías, ella parece renunciar á esta insigne gloria, y que en el silencio y retiro de su casa engendra la flor profetizada? El arca de la alianza donde se conservan junto con las tablas de la ley, los recuerdos de los beneficios de Jehová, ¿no es María, tabernáculo de la ley viva, santuario venerable del más grande de los beneficios, la encarnacion? Y aquella valerosa Débora, aquella osada Judith que combaten por el pueblo de Dios; aquella hermosa y tímida Ester que amansa la cólera de un rey celoso de su gloria y que abre á los hijos de Jacob el camino de la patria, ¿no es la Virgen poderosa á quien la humanidad regenerada deberá decir un día: Auxilio de los cristianos, puerta del cielo, rogad por nosotros?

Preparada María, como su hijo, por las figu-

(1) Exod. cap. III.
(2) Num. cap. XVII.

ras, ocupa tambien con él un lugar en las profecías. Dios la muestra á nuestros primeros padres, entonces mismo, cuando doloridos de su desgracia buscaban un apoyo para su esperanza. En esta segunda Eva y en su fruto bendito es en quien pone todo su odio la serpiente, y aquella es quien le ha de aplastar la cabeza: *Et ipsa conteret caput tuum* (1). Aunque al principio parece ser envuelta en la sombra de los tiempos, poco á poco se va haciendo la luz en torno suyo. David entrevé su hermosura y con lengua profética, más rápida que la pluma de un apresurado escribiente, saluda la majestad de la reina que contempla sentada al lado del rey de reyes, triunfador y hermoso sobre los hijos de los hombres. «Escucha, hija del Altísimo, le dice; olvida tu pueblo y la casa de tu padre, el rey ama tu belleza y ese rey es tu Dios á quien el mundo adora y tú verás á las hijas de Tiro traerte presentes y á los pueblos poderosos inclinarse suplicantes ante tu cara» (2). Salomon, en la vision múltiple en que se le aparecen juntamente las esposas místicas del Verbo y del Espíritu Santo, canta, ya á la humanidad del Salvador, ya á la Iglesia, ya al alma santificada, ya á María, la más hermosa de las mujeres, la aurora de la redencion, el astro radiante que recibe los besos del sol eterno, la paloma, la muy amada (3). Más cercanos á la plenitud de los tiempos, Isaías y Jere-

(1) Genes., cap. III, 15.

(2) *Lingua mea calamus scribae velociter scribentis.*—Speciosus forma prae filiis hominum... specie tua et pulchritudine tua, intendens, prospere procedes et regnas. Astulit regina a dextris tuis in vestitu decorata varietate. — Audi filia et vide, et inclina aurem tuam; et obliviscere populum tuum et domum patris tui. Et concupiscet rex decorem tuum; quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabit eum. — Et filias Tyri in muneribus: vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis. (Psalm. XLIV.)

(3) Cant.

mías, después de haber contemplado la fuente misma de las grandezas de María, su divina maternidad, anuncian al mundo la gran señal de las misericordias, la nueva y única maravilla de la omnipotencia de Jehová, la Virgen que concebirá y parirá á Emmanuel (1), la mujer por excelencia, que sola y sin otra ayuda que la virtud del Altísimo será madre del hombre esperado (2). Y desde entonces se oye circular por los pueblos unos murmullos misteriosos; el nombre de una mujer se une á la tradición por todas partes extendida del Redentor; la Virgen que ha de dar á luz, recibe los homenajes de nuestros antiguos druidas y la voz armoniosa de los poetas, invita al divino niño, á quien espera el mundo, á reconocer á su madre con una sonrisa (3).

Así, pues, María es amada y escogida por Dios desde toda la eternidad. Ella es preparada en el tiempo á la vez que su hijo, y junto con él recibe el culto anticipado de las figuras y de los oráculos. A este culto debe suceder el culto presencial de obediencia y amor que el mismo hijo de Dios rendirá á su madre, las alabanzas y las bendiciones de la humanidad cristiana, y los eternos cánticos de los ángeles y de los justos. ¡Admirable cadena, direis vosotros, cuyas dos extremidades se pierden en el seno de la divinidad! No os deis prisa á admirar, señores. Si la Virgen profetizada ha de sufrir la ley común y ha de ser invadida como todo individuo del linaje humano por el pecado original, la cadena se rompe; sus dos trozos desunidos se van cada uno por su parte,

(1) Propter hoc dabit Dominus ipse vobis signum. Ecce virgo concipiet et pariet filium et vocabitur nomen ejus Emmanuel (Isai. cap. VII, 14.)

(2) Creavit Dominus novam supre terram; femina circumdavit virum. (Jerem. XXX, 22)

(3) Incipit parve puer, risu cognoscere matrem. (Virgil. Eglóg. IV.)

según las dos eras que dividen el tiempo; nosotros no vemos ya en la conducta de Dios, respecto á aquella que él ha separado del resto de las criaturas por tantos privilegios, el carácter revelador de su perfecta sabiduría: la unidad. Pues que por muy pronto que Dios haya de purificar el alma de María, siempre será cierto que por algún tiempo ha estado manchada, que por algún tiempo ha sido odiosa á su criador, que por algún tiempo ha debido cesar todo homenaje ante ella, que por algún tiempo ha faltado la continuidad entre la era de preparación y la era de gracia. ¡Oh, Dios, tened en cuenta vuestra sabiduría!

Tened también en consideración vuestra dignidad, amenazada por esa larga serie de pecadores que precede á la madre de vuestro hijo. El Verbo que vos engendrais eternamente va á hacerse, al tomar carne, hijo de una mujer. Vos, el increado, el infinito, os llamais padre, una criatura finita se llama madre. Padre y madre de un mismo hijo, de un mismo Dios; ¡Hijo mío Jesús! direis uno y otro: ¡oh Padre inmaculado! yo no puedo comprender esta inefable comunidad de autoridad y de amor entre vuestra esencia, por siempre pura, y un sér sumergido, aunque sólo sea por un instante, en la corriente del pecado. Si en la asociación de una hija de la humanidad á vuestro acto generador, si en la armonía de las relaciones que permiten al criador y á la criatura expresarse de la misma manera respecto á un mismo hijo, no puede haber de una y otra parte igualdad de perfecciones, esto es lo ménos, según creo, una vez que haya semejanza de pureza y de inocencia, y que la dignidad del padre no sea jamás ofendida por la indignidad de la madre.

Esta alta conveniencia adquiere mayor fuerza con la consideración del medio que Dios emplea para asociar á María á su paternidad.

La humanidad del Salvador no debe su nacimiento al comercio natural de la carne con la carne, sino que es concebida por una operación toda casta y divina. María, como esposa mística del Espíritu de Dios, sólo á él debe pertenecer. No conviene que sus sagradas bodas sean perturbadas por un recuerdo amargo, y que en el momento en que el Espíritu de luz toma de la sangre de la Virgen la sangre de la redención, el espíritu de las tinieblas pueda decirle: Esa con quien te desposas, fué un día mi esclava.

¿Mas por qué tardar tanto, señores, en apelar á aquel á quien María ha de llamar hijo suyo? Custodio eterno é incorruptible; bien veis que la corriente de iniquidad se encamina hácia el paraíso de vuestra encarnación. ¿Podeis vos impedir que sea inundado? Y si lo podeis, ¿lo queréis? No os diré yo que la ignominia de la madre es ignominia del hijo, y que corre riesgo vuestro honor si no tomáis una carne que esté limpia de toda mancha. Yo reclamo de vuestro amor filial que salveis el honor de vuestra madre. Un día, despues que hayais abierto las puertas del cielo, os inclinareis á esta triste tierra y le direis á la Virgen desterrada: «El invierno del dolor ha pasado y la lluvia de las tribulaciones ha cesado ya; las nubes de la prueba se han disipado, y la primavera eterna ha venido. Levántate, amiga mía, y ven; ven y serás coronada.» *Jam hiems transit, imber abijt et recessit; surge propra, amica mea, et veni..... veni, coronaberis* (1). De su tumba, y virgen de corrupcion, se levantara vuestra amiga y volará á los cielos. Vos vendreis á su encuentro y la llevareis por la mano al trono de su gloria. Al atravesar las jerar-

(1) Cant., cap. II, 11, 13; esp. IV, 8.

quias celestes les dareis esta órden: Prostraos, ángeles, hé aquí vuestra reina. Pero los ángeles, aunque humildes siervos vuestros, podrán responderos: ¡Cómo reina nuestra! Vos, Verbo divino, cuando quisisteis rescatar al género humano, escogisteis una naturaleza inferior á la nuestra. Nosotros la adoramos en el momento en que recorriendo á nuestros ojos el velo del porvenir, nos la mostró vuestro Padre cubierta de oprobios, sangrienta y desfigurada. La adoramos sin rebajarnos y le ofrecimos nuestros homenajes, porque aun llevando los pecados del mundo, ella era inmaculada, y vos estabais con ella. Pero humillarnos hoy más, imposible. Esa que viene, es cierto que os ha dado vuestra carne; pero ¿no hubieramos podido nosotros, si nos lo permitiérais, formar para vos un cuerpo de los más puros elementos? Miradla y miradnos. Ella nacida de una sangre infeccionada; nosotros de la boca del Altísimo; ella manchada por el pecado; nosotros conservando purísima nuestra esencia; ella odiosa un día á vuestros ojos; nosotros siempre llenos de gracia ante vuestra cara. Que reine, pues, sobre los del mundo que han sufrido como ella la ley del pecado; ¡pero reina nuestra...? En tan extraño trastorno que coloca bajo una naturaleza pecadora una naturaleza siempre santa, ¿dónde está vuestra sabiduria? ¿Dónde vuestra justicia?

¡Oh amado hijo de María! es preciso que para defenderos de estos reproches, defendais á vuestra madre de tan solemne afrenta. Una vez más os pido: salvad su honor. Vos la amasteis desde antes que fuese concebida, y Dios os ha constituido en custodio de este paraíso que os está destinado. ¿No hareis retroceder esas olas que llevan á toda generacion la funesta herencia del pecado, para que aparezca vuestro paraíso en medio del mundo

devastado por la muerte, como una isla deliciosa, risueña, embalsamada, bañada por todas partes con las aguas de la redención? Posible es para vos este prodigio, porque vos sois el supremo dispensador de vuestros méritos; vos lo debéis á vuestro amor filial, lo debéis á nuestra fé. ¿No está bien que nosotros comprendamos hasta dónde llega la eficacia de vuestra encarnacion reparadora? ¿Y cómo lo sabremos nosotros si sólo causa parcialmente la justicia original, si no alcanza en cada sér humano una completa victoria sobre el profanador de los nacimientos? ¡Basta de regeneraciones tardías! Es ya tiempo: las preparaciones de Dios han llegado al colmo. Mandad. Atrás el pecado que deshonra los gérmenes de la humanidad! Adelante las olas que purifican. ¡Que vuestra muy amada sea, desde el primer instante de su concepcion, toda hermosa y sin mancha! ¡Que todo sea vida, pureza y gracia en el paraíso de vuestra encarnacion!

Si esto es así, señores, todo está bien; la encarnacion reparadora iguala al acto creador. Siguiendo la marcha de la caída, ella trastorna, es cierto, el órden primitivo de la primera pareja, pues que hace salir al nuevo Adán de la nueva Eva; pero al mismo tiempo lo imita tomando por punto de partida la justicia original. Todo está bien: Maria nada tiene que envidiar á los ángeles; su concepcion immaculada garantiza los derechos de su maternidad divina al reinado universal. Todo está bien: el hijo de Dios recibe de una naturaleza preservada é íntegra la sangre preciosa que ha de correr por sus venas sagradas. Todo está bien: el Esposo divino posee totalmente y sin mengua á la virgen que será fecundada por su misteriosa y castísima operacion. Todo está bien: el Padre eterno nada tiene por qué sonrojarse de la madre purísima que dirá con él:

Hijo mio. Todo está bien: el culto anticipado y el culto presencial de Maria se juntan en el mismo misterio; el culto anticipado se completa, las figuras se explican, las profecias se cumplen. El vellon de lana de Gedeon, ya humedecido con el rocío del cielo en medio de un suelo árido, ya intacto bajo los torrentes de lluvia que caen en derredor suyo (1), es Maria inundada de la gracia de Dios desde el primer instante de su concepcion, cuando toda criatura humana carece de ella, y preservada del pecado, cuando toda alma viviente está sujeta á él. La amiga, toda bella y sin mancha, el jardín cerrado, la fuente sellada (2) del Cantar de los cantares, es Maria immaculada, querida sobre todos los hijos de los hombres y preservada por su divino custodia de las asechanzas del pecado.

Todo está bien, ó mejor dicho, señores, todo nos parece bien, porque es fácil que me digais, y con razon, que la sabiduria humana está sujeta al error siempre que se propone sondear el dogma misterioso de los caminos de Dios; que ciertas especulaciones teológicas pueden muy bien no ser más que quimeras, y que al presente se trata de saber si las conveniencias por nosotros imaginadas se hallan conformes con los hechos; en una palabra, si la Virgen Santísima, paraíso de la encarnacion, ha sido realmente preservada del pecado original; si la Immaculada Concepcion es un dogma de fé. Escuchad á la Iglesia docente hablando en la persona de su jefe infalible á toda la cristiandad: «Nos declaramos, pronunciamos y definimos, que la doctrina que sostiene que la bienaventurada Virgen Maria fué en el

(1) Judic. cap. VI, 36-40.

(2) Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. Hortus conclusus, soror mea sponsa, hortus conclusus, fons signatus. (Cant., cap. IV, 7, 12.)

primer instante de su concepcion, por una gracia y privilegio singular del Dios Todopoderoso, en vista de los méritos de Jesucristo Salvador del linaje humano, preservada inmune de toda mancha de pecado original, es una doctrina revelada por Dios y que por consiguiente debe ser firme y constantemente creida por los fieles» (1).

Merced á la luz que esta definicion proyecta sobre las consideraciones que la preceden, podemos volver á decir con seguridad: Todo está bien. Despreciemos las interpretaciones burlescas con que la ignorancia protesta contra este fallo doctrinal que acabais de oír. La Iglesia jamás ha soñado hacer de María una divinidad, ni áun asimilar su concepcion á la de Jesucristo. Su definicion no canoniza ni de lejos las fábulas que una mística demasiado ardiente ha inventado acerca de los principios de la madre de Dios; ni tampoco nos obliga á creer que las leyes de la generacion humana hayan sido modificadas por ella, ni que las fuerzas generadoras, á las cuales debe la vida, hayan estado exentas, al unirse, de la influencia del pecado (2); lo que pura y simple-

(1) Auctoritate Domini nostri Jesuchristi, beatorum apostolorum Petri et Pauli, ac Nostra, declaramus, pronunciamus et definimus, doctrinam quae tenet beatissimam Virginem Mariam in primo instanti suae Conceptionis fuisse singulari omnipotentis Dei gratia et privilegio, intuitu meritorum Christi Jesu Salvatoris humani generis, ab omni originali culpa libe praeservatam immunitatem, esse a Deo revelatam, atque idécirco ab omnibus fidelibus firmiter constanterque credendam. (Bula *Ineffabilis*.)

(2) Scendum est corpus Marianum more solitam conceptum et formatum fuisse; fingere enim ridiculosa et patribus incognita miracula, quibusdam novatoribus placencia, non decet: nec enim fictiliis eget honoribus immensa Mariae gloria, quae veris abundat. (Contenson, *Mariologia*, Theol. lib. X, dissert. VI, cap. 1.)

Beata virgo fuit concepta secundum carnis concupiscentiam, ex commixtione maris et feminae. (*Summ. Theol.*, III p., quaest. 27 a. 2, ad. 4.)

mente nos enseña la Iglesia es que María, en el instante mismo en que por la infusion del alma racional quedó hecha una persona humana, recibió la eficacia de la redencion, y por consiguiente, poseyó una naturaleza inocente y llena de gracia, en lugar de esta naturaleza inficionada y pecadora que los hombres se trasmiten (1).

Nada ménos complicado y nada más fácil de comprender que esta doctrina. Convento que su definicion dogmática es nueva; pero la cosa definida ha sido creida siempre, sin que la Iglesia hubiese guardado silencio. La mision de la Iglesia no es de trasformar en dogmas las especulaciones del espíritu humano, sino de conservar con cuidado y prudencia el depósito sagrado de las verdades que Dios le ha confiado. Los dogmas tienen su raiz en la revelacion, la tradicion es el canal por donde corre á través de los siglos su sávia divina, y áun cuando los libros santos sólo nos suministrasen indicaciones vagas, la voz de los Apóstoles, de los Doctores y del pueblo cristiano debe ser considerada como un eco de la voz de Dios. Ahora, pues, un Apóstol, Andrés, hermano de San Pedro, cuyas palabras fueron piadosamente recogidas, decia así á los fieles de la primitiva Iglesia: «Porque el primer hombre habia sido criado de una tierra immaculada, era necesario que de una virgen tambien immaculada naciera el hombre perfecto, por el cual el hijo de Dios, que antes habia formado al hombre, nos diese la vida eterna que los hombres

(1) Sane vetas est Christi fidelibus eja erga ejas beatissimam Matrem Virginem Mariam pietas sentimentum, ejus animam in primo instanti creationis, atque infusionis in corpus fuisse speciali Dei gratia et privilegio, intuitu meritorum Jesuchristi ejus filii, humani generis Redemptoris, a macula peccati originalis praeservatam immunitatem. (Palabras de Alejandro VII, citadas en la Bula *Ineffabilis*.)

habian perdido en Eva (1). Esto mismo es lo que enseñan los Santos Doctores, los cuales ya sea comentando el oráculo del paraíso ó la salutación angélica, ya dirigiéndose á la piedad del pueblo, dicen de María que es más santa que los ángeles, más gloriosa que los ciclos, más pura que el sol. Que la naturaleza se detuvo temblorosa esperando que la gracia produjese en ella su efecto (2). Que ella sola, madre de la vida, parté con Eva, madre de la muerte, el privilegio de la inocencia original (3). Que fué exenta de toda mancha (4). Que jamás se debe pronunciar su nombre, cuando se trata del pecado (5).

¿Pero podré yo citar todos los testimonios recogidos en esa gran sumaria que la Santa Sede formó antes de la definición? (6). La igr

(1) Et propterea quod ex immaculata terra creatus fuerat primus homo, necesse erat ut ex immaculata virgine nasceretur perfectus homo, quo filius Dei, qui ante considerat hominem, vitam aeternam quam perdidissent homines per Adamum repararent. (*Martyr. S. Andrae Apost. apud. Morcelli.*)

(2) Quoniam futurum erat ut Dei genitrix et virgo ex Anna oriretur, natura gratiae factum antevertere niltime ausa est: verum tantisper expectavit donec gratia fructum suum produceret. (Joan. Damasc. Orat. IV *De Virgine Maria.*)

(3) Quae duse feminae innocentia et simplicitate floruerunt Maria et Eva, altera salutis, altera nostrae mortis origo fuit. (S. Eiren. *Syr. Serm. exeg. ad Genesim.*)

(4) Virgo per gratiam ab omni integra labe peccati. (S. Ambros. in Psalm. CXVIII, *Serm. 23, núm. 30.*)

(5) Excepta sancta Virgine Maria, de qua propter honorem Domini nullam prorsus, cum de peccato agitur, haberi volo questionem. (S. August. *lib. De nat. et gratia, cap. XXXVI, núm. 42.*)

(6) Antes de pronunciar esta definición, el Soberano Pontífice Pío IX, quiso que en toda la cristiandad se hicieran informaciones sobre esta creencia. A su enciclica dada en Gaeta (2 de Febrero de 1869) contestaron 630 arzobispos y obispos. Cuatro solamente se pronunciaron contra la definición, haciendo constar, sin embargo, que la creencia y la devoción á la Inmaculada Concepción eran generales en su clero y pueblos. Y áun de estos cuatro opositores, tres se retractaron muy pronto.

sia griega no quedó atrás en las alabanzas públicas, tributadas en todo tiempo á su Inmaculada, ni la Iglesia latina cedió un punto cuando la escolástica, descarriada sin duda por una fisiología errónea, y ménos atenta, por cierto, á la tradición que á los argumentos teológicos, se formó una opinión que la aislaba de la creencia popular (1). No trataré ahora de hacer justicia á nuestro gran Doctor Santo Tomás, á quien se atribuye la paternidad de esta opinión. El es mi guía en la ciencia, pero no la regla de mi fé: en este momento me basta recordar aquellas magistrales palabras caídas de su pluma: *Talis fuit puritas beate Virginis, quae peccato originali et actuali immunis fuit* (2). Exención del pecado original y del pecado actual, tal fué la pureza de la Inmaculada Virgen (3). La Iglesia permitió las disputas de escuela, pero sin ocultar su creencia, altamente manifestada con fiestas y privilegios (4). Ella esperaba, porque nada

(1) En el tiempo en que San Bernardo parecía combatir como una novedad la Inmaculada Concepción en su *Carta á los canónigos de Lyon*, núms. 7 y 8, Arnould de Chartres, su amigo y biógrafo, escribió: *Spiritu Sancto obumbrante, incendium originale (in Maria) extinctum est; ideoque innoxiam affligi non decessit: nec sustinebat iustitia ut illud vas electionis communibus taxaretur in iuribus, quoniam plurimum a ceteris differens, natura communicabat, non culpa. (De cardinalibus Christi operibus.)*

(2) In I, *lib. Sentent.*, dist. 44, § 5. a. 3.

(3) Véase sobre la opinión de Santo Tomás y de su escuela el *Índice* de esta Conferencia al fin del volumen.

(4) El Soberano Pontífice Pío IX, enumera en la bula *Ineffabilis* todo cuanto han hecho sus predecesores en favor de la creencia de la Inmaculada Concepción: «Enimvero Praedecessores Nostri vehementer gloriantur sunt Apostolica sua auctoritate festum Conceptionis in Romana Ecclesia insinulare, ac proprio officio, propriaque missa, quibus praerogativa immunitatis ab hereditaria labe manifestissime asserbatur, augere, honestare, et cultum jam institutum omni ope promovere, amplificare, sive erogatis indulgentiis, sive facultate tributa civitatibus, provinciis, regniisque, ut Déiparam sub titulo Inmaculatae Conceptionis patronam sibi diligerent, sive comprobatis Sodalitatibus,

más propio para desarraigar una creencia errónea, nada más propio para conformar una creencia que viene de Dios, que las discusiones sábias de los teólogos. La Iglesia, siempre prudente, esperaba, pues; y la fé ayudada de la ciencia subía y subía siempre, mientras la negación tímida y respetuosa no osaba salir de sus recintos reservados. Por fin llegó el día en que, cediendo á las instancias de los obispos, de los reyes y de los pueblos cristianos, la Iglesia por una definición triunfal sacó de los limbos, en que la prudencia lo tenia sepultado, el dogma venerado por tanto tiempo de los cristianos. Oyéronse entonces por todas partes voces de alegría; el mundo católico se iluminó y fiestas pomposas celebraron de polo á polo el dogma de la Inmaculada Concepción. Vosotros habeis sido testigos de este espectáculo, señores; y este espectáculo recordaba á nues-

Congregationibus, Religiosisque Familiis ad Immaculatæ Conceptionis honorem institutis, sive laudibus eorum pietati delatis, qui monasteria, xenodochia, altaria, templa sub Immaculati Conceptus titulo exererint, aut sacramenti religione interposita Immaculatam Deiparæ Conceptionem strenue propagare spondederint. Insuper summopere laetati sunt decernere Conceptionis festum ab omni Ecclesia esse habendum eodem censu ac numero, quo festum Nativitatis, idemque Conceptionis festum cum octava ab universa Ecclesia celebrandum, et ab omnibus inter ea, quæ præcepta sunt, sancto celebrandum, ac Pontificiam Capellam in Patriarchali Nostra Liberiana Basilica die Virginis Conceptionis sacro quotannis esse peragendam. Atque exoptantes in fidelium animis quotidie magis fovere hanc de Immaculata Deiparæ Conceptione doctrinam, eorumque pietatem excitare ad ipsam Virginem sine labe originali conceptam colendam, et venerandam, gavisus sunt quam libentissime facultatem tribuere, ut in Laurentianis Litanis, et in ipsa Missæ præfatione Immaculatus ejusdem Virginis proclamaretur Conceptus, atque adeo lex credendi ipsa applicandi lege statueretur. Nos porro tantorum Prædecessorum vestigiis inherentes non solum quæ ab ipsis piensissime sapientissimeque fuerant constituta probavimus, et recepimus, verum etiam memores Sixti IV, proprium de Immaculata Conceptione officium auctoritate Nostra munivimus, illiusque usum universæ Ecclesiæ lætissimo prorsus animo concessimus.»

tro siglo, cuya fé se creía moribunda, el enterpecimiento y el entusiasmo de la Iglesia de Efeso cuando los fieles, abrazándose, clamaban: ¡Maria es Madre de Dios! despues que los Padres del Concilio habian condenado á Nestorio. Pero entonces la definicion de la maternidad divina nacia, como de ordinario, de la inminencia de un peligro. En nuestros dias, por un privilegio inaudito, la definicion de la Inmaculada Concepcion ha nacido de la exuberancia de fé. Este es el caso en que, quizá, nunca tendrá mejor aplicacion aquel axioma teológico: «En cuestiones de fé, el sentimiento comun del pueblo no hace leve fuerza (1). Vosotros érais la mayor parte de este pueblo cristiano, señores, y lo sois aún. Vosotros creeis conmigo que el Verbo de Dios ha guardado fielmente su paraíso, y abrigo la conviccion de que halago vuestra fé al hablaros de este misterio, que tan bien prepara los grandes dogmas que muy pronto habremos de estudiar. Una palabra más para coronar esta primera parte de mi conferencia.

Maria fué preservada de la mancha original; ¿cómo creer despues de esto que las zarzas, las espinas, las plantas groseras y malsanas de que nuestras almas están deshojadas, hayan podido germinar en el alma de ella? Si el honor de Dios, con quien habia de tener relaciones tan íntimas, exigia que ella fuera exenta de un pecado, voluntario solamente en nuestros primeros padres, ¿podia permitir que fuese culpable por un acto de su propia voluntad? Si los ángeles inmaculados no podian reconocer por reina suya á una criatura caída por una ley fatal, ¿cuánto ménos á una criatu-

(1) In questione fidei, communis populi sensus non levem facit fidem. (Melchior Cano. *De locis theologis*, lib. V. cap. VI.)

ra que libremente se había deshonrado? Y fuera de esto, ¿qué pecado podría cometer un alma en quien las pasiones obedecían sumisas y silenciosas al imperio de la razón, y en quien la gracia iba preparando sin cesar la morada de la sabiduría eterna? No, no hubo en ella ni la más ligera falta; era preciso que el oráculo fuera verdadero en todo sentido; que la amiga de Dios fuera toda hermosa y sin mancha, *totā pulchra es amica mea, et macula non est in te* (1).

Ved aún hasta dónde llega la delicadeza del divino guarda. La Virgen inocente podría ser sospechosa de un crimen en el momento en que se cumpla el prodigio de su maternidad; pero no, la debilidad humana, fascinada por falsas apariencias, no turbará con sus injustas acusaciones la paz del lugar bendito que va a cubrir con su sombra la virtud del Altísimo y fecundar el Espíritu Santo. Castas bodas tenderán sobre este misterio un velo protector. El Verbo encarnado consentirá, por el honor de su madre, el ser llamado el hijo del carpintero José, y el pueblo cristiano aprenderá de la Virgen y de su esposo, que el amor puro, la unión de los corazones, la comunidad de abnegación, la emulación de las virtudes dan al matrimonio su verdadera dignidad, más bien que la unión carnal de las pasiones y sentidos (2).

Descansemos un poco, señores, antes de contemplar el trabajo del hijo de Dios en su paraíso.

(1) Cf. *Summ. Theol.*, III p. quaest. 27 a. 4. *Utrum per sanctificationem (B. Virgo) fuerit consecuta quod nunquam peccaret?*

(2) Cf. *Summ. Theol.*, III p. quaest. 29, a. 1. *Utrum Christus nasci debuisset de Virgine desponsata?*

II.

Ya os he dicho, señores, que la razón formal del pecado original consiste en una privación de la santidad y justicia con que Dios había adornado primitivamente la naturaleza humana, y en una reversion de esta naturaleza a sus principios esenciales. De aquí se sigue que una criatura no puede ser preservada del pecado original sino por la infusión de una gracia que la restablezca en el estado primitivo del primer hombre cuando salió de las manos de Dios. Guardar y embellecer son dos actos conexos del Verbo de Dios preparando su morada terrestre, y todas las bellezas de este paraíso se presentan como una expansión de la primera gracia de la Inmaculada Concepción, la cual es debida a las influencias anticipadas de la maternidad divina.

No esperéis, señores, que yo os describa bajo todos sus aspectos la tierra virgen y fértil en que debe de nacer el Hijo de Dios hecho hombre. Este es un mundo de perfecciones que es preciso recorrer detenidamente, con un guía espiritual, para llegar a conocer y apreciar bien sus maravillas. Nosotros debemos contentarnos con una ojeada rápida que bastará, según creo, para darnos una idea de las infinitas riquezas y delicadezas de la sabiduría divina en la preparación del gran misterio de la encarnación.

Todas las bellezas de María se hallan en germen en una primera gracia de inocencia y de santidad, cuya excelencia y efusión en la naturaleza, y expansión sobrenatural, y acción precoz y perseverante, consideraremos brevemente.

La excelencia de la primera gracia con que el divino hacedor embelleció su paraíso vi-

viente, se puede medir por la intimidad de sus relaciones. «Es manifiesto, dice Santo Tomás, que cuanto más se acerca un ser al principio de donde recibe sus propiedades, más participa de la eficacia de este principio. Por eso los ángeles que están más cercanos á Dios, participan de las bondades divinas más que los hombres. Pero más cercana que los ángeles está la Virgen bendita que revistió al Verbo de Dios de nuestra naturaleza y le llamó hijo suyo. Por eso debió recibir de Cristo una plenitud de gracia sobre todos ellos, viniendo á ser la obra maestra de las operaciones sobrenaturales de Dios» (1). Cuantas perfecciones derramó el Criador en todas sus obras, todas las contiene María en el sólo gérmen de su santidad. El eterno y justo dispensador de las gracias ha condensado en cierta manera todos los dones que ha hecho y que hará á sus santos, para que formasen el primer adorno de la más cara de sus predestinados (2). Todo el poder de la redención obró en ella desde el primer instante (3), y le confirió tal dignidad, que los resplandores del cielo y de la tierra son como

(1) Quanto aliquid magis appropinquat principio in quolibet genere, tanto magis participat effectum illius principii. Unde Dion. dicit (4 cap. Coelest. Hier.) Quod angeli qui sunt Deo propinquiores, magis participant de bonitatibus divinis quam homines. Christus autem est principium gratiae, secundum divinitatem quidem auctoritative, secundum humanitatem vero instrumentalter: unde et Joan I dicitur gratia et veritas per Jesum Christum facta est. Beata autem virgo Maria propinquissima Christo fuit, secundum humanitatem; quia ex ea accepit humanam naturam. Et ideo prae caeteris majorem debuit á Christo gratiae plenitudinem obtinere. (Summ. Theol., III part., quaest. 27, art. 5.)

(2) Quicquid creator singulis distributor justus contulit, Mariae adornandae concessit. (Arnold. Carnot.)

(3) Redempturus humanum genus, pretium universum contulit in Mariam. (S. Bernard. Serm. de Aqueductu.)

si no fueran ante ella (1). Dios, tomando carne de esta tan amada criatura, se hizo imagen de ella, y á ella la hizo como imagen infinita de su infinita bondad (2); por esta causa, dice un piadoso teólogo, le dió una primera gracia que comenzó allí donde todas las otras terminan; una primera gracia mayor, más perfecta, más intensa que la gracia de todos los seres racionales que existieron desde el principio y que existirán hasta el fin de los siglos; una primera gracia que oprime bajo el peso de su excelencia las jerarquías angélicas, la multitud de predestinados y el inmenso coro de las criaturas á las cuales ha embellecido la justicia (3).

Esta gracia empuja produce en toda la naturaleza de María el mismo efecto que en Adán producía la justicia original, fuente de los privilegios de la integridad. Ella ilumina

(1) Virgo inter animas sanctorum et angelorum choros supereminet, merito singulorum eorum omnium titulos antecedit et sic spirituum habebat dignitatem ut sint quasi non sint. (S. Petr. Damian. serm. De Assumptione.)

(2) Fecit hanc Deus bonitatis suae infinitam imaginem. (S. Thom. opus. De charitate.)

(3) Quae certe prima gratia tanta fuit, ut crederimur Mariae primam gratiam ibi incepisse ubi aliorum omnium gratiae desinunt, ita ut primitivus Marianae gratiae gradus fuerit major, perfectior et interior quam gratia omnium angelorum et hominum quotquot fuerint ab origine mundi et ad finem usque futuri sunt. Unde Maria novem angelicarum Hierarchiarum, et totius praedilectorum turbae quam dinumerare nemo potest, dona gratiae quasi arca quadam, sed cum multo prorsus cumulo primo die conceptionis habuit, et etiam si totus contra Mariam sigillatim justorum appendatur chorus, invenitur trutinaria gratiarum ponderibus á Mariae parte depressa. (Contenson. Theologiae mentis et cordis, lib. X, dissert. VI, Mariologia, cap. 1, specul. 2.)

La Iglesia expresa el mismo pensamiento en la bula dogmática de la Inmaculada Concepción. «Quapropter illam longe ante omnes angelicos Spiritus, cunctosque Sanctos coelestium omnium charismatum copia de Thesauró divinitatis deprompta ita mirificè cumulavit ut ipsa ab omni prorsus peccati labe semper libera ac tota pulchra et perfecta cum innocentiae et sanctitatis plenitudinem prae se ferre, qua major sub Deo nullatenus intelligitur et quam praeter Deum nemo assequi cogitando potest.»

la inteligencia, y si bien no le comunica aquella singular penetración, aquella ciencia universal de las cosas naturales, que debía tener el primer padre para enseñar al género humano y gobernarlo (1), la predispone para las más altas revelaciones y para un conocimiento más profundo de los misterios eternos; le da más firmeza en la contemplación de las cosas sobrenaturales, más aptitud para la intimidad divina; la hace más fáciles y más dulces las delicadas y perfectas operaciones de la vida mística; la predispone a más frecuentes éxtasis y a más sublimes transportes; la establece más sólidamente en la posesión de la verdad contra los asaltos de los fantasmas interiores, causas de nuestras ilusiones, de nuestros errores y de nuestros desvarios. Ella fortifica la voluntad, la dirige y la hace tomar los caminos de las virtudes, en que nunca será igualada. Ella da vuelo a la libertad, encadena las potencias inferiores, las somete al imperio absoluto de la razón, las impide prevenir sus designios, perturbar sus consejos, resistir a sus órdenes y oponerse a los movimientos con que el espíritu y el corazón se elevan a las cosas celestiales para contemplarlas y gustarlas. En una palabra, ella hace del alma de María la obra más perfecta que ha salido de las manos de Dios.

Esta alma necesita una morada en que tenga ayuda tantas perfecciones, un instrumen-

(1) Quantum ad notitiam rerum supernaturalium et theologiarum majorem habuit B. Virgo quam Adam. Quantum vero ad notitiam rerum materialium et civilium majorem habuit Adam quam Beata Virgo; quia inter eas res plures sunt quas Beatam Virginem scire nihil referebat, et quae in ea fuissent superfluae, ut sunt plures artes quae sunt propriae viris, v. g. militiae, mercaturae, navigationis, cementariae, etc. Item ea quae spectant populorum gubernationem ad quam non erat destinata B. Virgo. (S. Antoninus, Theol. part. IV, tit. XV, cap. X.)

to exquisito del cual puedan servirse tan excelentes facultades para ejercer sin esfuerzo sus nobles operaciones. Así, pues, señores, a la vez que la gracia perfecciona el alma de María, fabrica y esculpe (1) para ella, según la expresión de un piadoso autor, un cuerpo virginal, en el cual la vida va a hacer brotar las fuentes cristalinas de la redención; un cuerpo digno de ser fecundado por la virtud del Espíritu Santo y de servir de templo a la majestad del Verbo anonadado; un cuerpo que el más hermoso de los hijos de los hombres penetrará de su vida y revestirá de sus gracias y encantos; un cuerpo cuya voz melodiosa, cuyas piadosas palpitaciones y vibraciones santas cantarán mejor que el arpa de los serafines las alabanzas del Altísimo; un cuerpo cuya misteriosa y casta hermosura, reflejando las perfecciones y la misma gloria de su huésped divino, hará salir de sí a los poetas, inspirará a los artistas, seducirá a las vírgenes y arrebatará a los santos; un cuerpo cuyos elementos incorruptibles resistirán en la tumba a las fuerzas destructoras que descomponen toda carne y la convierten en árido polvo. Mas, ¿y por qué la tumba? ¿La gracia de María es acaso menos fuerte que aquella primitiva justicia que confería al padre del género humano los privilegios de la impassibilidad y de la inmortalidad? No, señores. No carece de objeto el que la carne inmaculada de María quede abierta a las invasiones del sufrimiento y de la muerte. Pero el sufrimiento, más sensible y más profundo en esta naturaleza delicada, no servirá sino para convertirse en un manantial copioso de gloria y de méritos que se añadirán al tesoro de la redención: la muerte no vendrá

(1) Sculpta a Deo ipso statua. (Andreas Hierosolym.)

sino llamada por el amor; y será para María una más grande honra el vencerla por la incorruptibilidad y una pronta resurrección, que si la hubiera evitado por un privilegio.

La naturaleza está perfecta. «Obedeced, pues, ya, gérmelos divinos, á las órdenes de la sabiduría eterna; entreabrid, flores, vuestras corolas, llenad de vuestros perfumes este santo paraíso, atavíos de graciosos ramos y cantad la gloria de Dios en la más bella de sus obras. *Obaudite me divini fructus... florete flores... et date odorem et frondete in gratiam, collaudate canticum et benedicite Dominum in operibus suis* (1). La voz de Dios ha sido oída, señores. La gracia produce su fruto en el alma de María, y por una plenaria efusión, los dones del Espíritu Santo perfeccionan su obra á medida que aquella opera. Todas las flores germinan á la vez, se entreabren y envían al cielo sus perfumes (2). Hé aquí la fé alimentada con la lectura y meditacion de los libros santos, esclarecida con las luces del cielo, roborada con la conversacion de los ángeles y las comunicaciones intimas de la sabiduría divina; la fé, que ni la incredulidad de los hombres ni los velos con que se cubrirá la majestad de Dios, ni el oscurecimiento de sus perfecciones en el gran escándalo de la cruz, no podrán jamás quebrantarla ni turbarla. Hé aquí la esperanza que se apoya en las promesas de Dios y concentra en el más ferviente de los deseos todas las ansias de la humanidad hambrienta de redención; la esperanza, preparada ya á resistir las pruebas y los abandonos que asegurarán el triunfo de la malicia de los hombres. Hé aquí la caridad, que no sabe vivir sino para

(1) Ecci. cap. XXXIX, 17, 19.

(2) In beata Virgine debuit apparere omne illud quod fuit perfectionis. (S. Th. in IV. Sent. dist. 30 quaest. 2. a. 1.)

el amado celestial, que se entrega á él sin reserva y que abraza todas las criaturas para ofrecérselas; la caridad, que abre con anticipacion en el corazon de nuestra futura madre aquellos abismos de misericordia en que vendrán á refugiarse todos los pecadores de la tierra. Hé aquí la prudencia, tan delicada, que puede turbarse con la visita de los ángeles y vacilar ante las gloriosas proposiciones del cielo. Hé aquí la justicia, postrada ante Dios en una continua adoracion, dócil á sus mandamientos, flexible á todas sus inspiraciones, tiernamente abandonada á la sabia conducta de la Providencia, pronta á todos los deberes, hasta el olvido de todo reposo; espejo fidelísimo de aquella eterna justicia que sabe regalar liberalmente á todas las criaturas la parte del festín á que les convida la bondad divina. Hé aquí la fortaleza, magnánima é invencible bajo los velos de la flaqueza; la fortaleza, que se ensaya en la sombra para los combates de la adversidad; la fortaleza, que sabrá, cuando sea tiempo, estar de pié en el Gólgota, recibir, sin murmullo de la cólera divina, los golpes destinados á los pecadores, y hacer de una virgen tímida la reina de los mártires, del corazon de la más tierna de las madres el altar en que será inmolado el más amable de los hijos. Hé aquí la templanza, que se desprende de toda alegría terrena para no gustar sino los castos placeres de la gracia y que marchará muy pronto, con un paso alegre y firme, por los caminos santos de la pobreza.

En derredor de estas virtudes heroicas, flores reales del más bello jardín de los jardines vivientes, se apiñan aquellas mil virtudes amables, cuyo encantador retrato dejó trazado San Ambrosio en su libro de las vírgenes. — «María era humilde de corazon y prudente de ánimo, grave en su conversacion, sóbria en

el hablar, pura y reservada en sus menores palabras; aplicada a la lectura de los libros santos, atenta a todas sus obras, acostumbrada a buscar la voluntad de Dios más bien que la de los hombres, no hiriendo jamás a nadie, queriendo bien a todos, respetando lo que es grande, y sobre todo, la santa majestad de los años... Ninguna afectación en el mirar de sus bellos ojos, nada de ligereza en sus palabras, nada de inconveniente en sus acciones: su gesto, su paso, su voz, todo era armonía, y su cuerpo era tan propia imagen de su alma, que se creería ver en su persona la encarnación de la honestidad... Majestuosa y venerable en su andar y en su trato, no había para ella mejor guarda que ella misma, ni se observaba tanto la huella de su pié virginal, cuanto el aire de su virtud extraña. Todo lo que ella hacía era la regla misma. Practicar la virtud no era tanto para ella un ejercicio cuanto una lección que daba al mundo (1).

¿De quién es este retrato, señores? ¿De la madre admirable cuya santidad fué acrecentada y confirmada por el sagrado contacto de la divinidad? No, es de aquella virgen modesta que esperaba el cumplimiento de las promesas hechas al género humano. La gracia se hizo sentir en ella desde la aurora de sus días (2).

(1) *Erat Maria corde humilis, verbis gravis, animi prudens, loquendi paratior, legendi studiosior, intenta operari, reverenda sermone, arbitrium mentis solita non hominem, sed Deum querere, nullum laedere, bene velle omnibus, assurgere maioribus... Nihil torvum in oculis, nihil in verbis prociac, nihil in actu inverecundam, non gestus fractior, non incessus solatior, non vox petulantior; ut ipsa corporis species simulacrum fuerit mentis, figura probitatis... Nullo meliore corde sui quam scilicet, quae incessu, affatuque venerabilis non tam vestigium pedis tolleret, quam gradum virtutis attolleret; quia quidquid egerit, disciplina est. Sic Maria impletur virtutis officia ut non tan discretet, quam doceret.* (S. Ambros. lib. II *De Virginitate*.)

(2) *Adjuvabit eam Deus manū diluculo.* (Psalm. XLV.)

¿Tuvo Maria conciencia de la acción de esta gracia en la época tenebrosa en que el hijo, nacido en el seno de ella, dormitaba aún y recibía pasivamente todos los beneficios de la vida? Yo no quiero penetrar este misterio. Bástame saber que ella estaba madura cuando las otras almas apenas comienzan a vivir, y que en el momento de su presentación en el templo, su razón de tres años era capaz de concebir magnánimos pensamientos, y de dictar a su voluntad heroicas resoluciones. Mientras las hijas de Israel ansian el honor de la maternidad, con la esperanza de dar a luz el Mesías, ella prefiere ser virgen (1). Su sér amado no es de esta tierra, y ya la gracia invita a su corazón a cantar aquellas palabras de los Cantares: «Os conjuro, oh hijas de Jerusalem, que, si halláis al que ama mi alma, le digáis que me muero de amor (2). Yo soy para mi amado y mi amado para mí, que se apacienta entre lirios» (3). *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia.*

Ella es toda de él: su alma, su corazón, su carne inmaculada de él son. El trabajo preparado por aquel a quien ella escogió por herencia suya, uniéndose a la perseverancia de sus esfuerzos, va acrecentando de día en día la plenitud primitiva de su santidad. Esas horas estériles durante las cuales se adormece nuestra naturaleza a fin de reparar sus fuerzas, son para la virtud de Maria horas fecundas. Su corazón vela, mientras su cuerpo reposa, porque el sueño no tiene en ella la fuerza de encadenar la actividad de su amor ni de detener los

(1) Cf. *Summ. Theol.* III p. quaest. 28, n. 4. *Utrum mater Dei virginitatem voverit?*

(2) *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei quia amore languo.* (Cant. cap. V. 8.)

(3) Cant. cap. VI, 2.

incalculables progresos de la gracia que siempre obra en ella y siempre añade perfeccion á perfeccion (1).

¡Oh sábio y omnipotente preparador! venid, que vuestro paraíso os espera. Oásis en medio del triste destierro que muy pronto será bañado por el río de vida de la redencion, sonríe á todo lo que le rodea y anuncia la proximidad de los días deseados. Los tiempos están llenos de tinieblas y de errores, pero allí todo es luz y verdad: los tiempos están llenos de vicios y de crímenes, pero allí todo es virtud, perfeccion y santidad: los tiempos están llenos de deseos inquietos, pero allí todos los deseos del género humano se concentran en una aspiracion ferviente y apacible que parece decir: Hé aqui que llega el día del Señor: *Ecce venit dies Domini*. Los tiempos están llenos de promesas, pero allí germinan, en la pureza, la carne y la sangre del Prometido: los tiempos están llenos de prodigios, pero allí va á obrarse bien pronto el prodigio supremo: los tiempos están llenos de catástrofes, pero allí todo es reposo para recibir al rey de paz.

La tierra, honrada con tan grande maravilla, ejerce sobre el cielo una atraccion misteriosa; el Verbo va á descender del seno de su padre. Lo que le atrae, más que los fervientes deseos de su predilecta, más que el perfume de los lirios que exhala su virginidad, es su humildad profunda. ¡Virtud seductora la humildad! Ella no templea el brillo del génio sino para hacernos buscar más ardientemente sus luces, ni oculta las buenas obras sino para volverlas más preciosas y estimadas, ni disimula la santidad sino para darle más colorido. Nos-

(1) Illic nulla intermissa tempora; dormiendi non prius cupiditas quam necessitas fuit; ut tamen dum quiesceret corpus, vigilet animus. (S. Ambr. Eb. II De *Virginibus*.)

otros la amamos y por ella amamos aún más las perfecciones que ella cubre con su sombra. En esto, señores, imitamos á aquel que ha amenazado con su ira á los soberbios y ha prometido las deferencias de su boadad á los humildes. Cuanto uno más se acerca con humillaciones voluntarias á los bordes de la nada, más uno participa de las maravillosas operaciones de la divina omnipotencia. La última mano de sus preparaciones es la humildad de aquella á quien él ha escogido. Maria, colmada de tantos dones, parece ignorar su propia perfeccion (1).—«Virgen madre, hija de tu hijo, exclama Dante, más humilde y más alta que toda criatura (2). En efecto, ella es tan humilde, que en el templo, donde se ha retirado, á todo el mundo desea servir; tan humilde, que noche y día no cesa de pedir á Dios, como el más grande de los favores, que le conceda ser esclava sumisa de la dichosa mujer que ha de ser madre del Mesias. ¡Ah señor, que habeis hecho de la nada todas las cosas, cuantos encantos tiene para vos este anonadamiento! ¡Rasgad los cielos y descendad; vuestra hora ha llegado!

Escuchad, señores, hé aqui el armonioso contrapunto del drama de la caída.—«En aquel tiempo, dice el Evangelista, fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un hombre de la casa de David, que se llamaba José, y el nombre de la virgen,

(1) Beata virgo expressam fidem habebat incarnationis future; sed cum esset humilis non tam alta de se capiebat. (Summ. Theol. III p. quaest. 30 a. 1. ad 2.)

(2) Virgine madre, figlia del mio figlio
Umile ed alta piu che creatura.

(Parad. XXXIII, 1.)

María» (1). La caída comenzó por un ángel de tinieblas, la reparación comienza por un rayo de luz (2). El ángel de tinieblas era la misma astucia; el ángel de luz, la noble, franca y santa fuerza de Dios, *Gabriel*: el ángel de tinieblas sale de la tierra y sube enroscándose por el árbol de la ciencia, el ángel de luz descendiendo de los cielos y se presenta bajo una forma digna de su perfecta naturaleza, de la alta majestad del Dios á quien representa y de la misión que debe desempeñar (3); el ángel de tinieblas empieza por una pregunta insolente, llena de engaño:—«¿Por qué os ha prohibido Dios comer de todos los frutos del paraíso?»— El ángel de luz se anuncia con un respetuoso saludo que expresa toda la verdad de las preparaciones divinas:—«Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.»—Eva debía desconfiar de las preguntas y de la mentira; pero demasiado presumida de sí misma, quiere contentar su ávida curiosidad. María se turba con las palabras que oye, y su humildad no la deja creer que merezca tanto respeto. Es preciso que el ángel la anime y la recuerde las promesas divinas.—«No temas, María, has hallado gracia delante de Dios, concebirás y darás á luz un hijo á quien darás el nombre de Jesús. Este será grande y será llamado el Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David

(1) In mense autem sexto, missus est angelus Gabriel a Deo in civitatem Galilaeae, cui nomen Nazareth, ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis, Maria. (Luc. cap. I, 26, 27.)

(2) Aptum humanae restaurationis ut angelus mitteretur ad virginem partu consecrandam divino, quia prima perditionis humanae fuit causa, cum serpens a diabolo mitteretur ad mulierem spiritu superbiae decipiendam. (V. Beda. Hom. in festo Annuntiationis.)

(3) Cf. Summ. Theol. III p. quaest. 3o a. 1. Utrum angelus annuncians debuerit B. Virgini visione corporali apparere?

su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin» (1).—Eva, tentada del demonio, comienza á dudar del mandamiento de Dios, y se siente sin valor para respetarlo; María, recibiendo las proposiciones del cielo, se acuerda de la libre promesa que habia hecho de ser virgen, y quiere que le aseguren que esta promesa no será violada (2). Satanás acaba su seducción por una negacion atrevida y una promesa insensata.—«De ninguna manera moriréis, sino que seréis como dioses.»—Gabriel decide el consentimiento de María por una postrera revelacion de los designios ocultos de Dios, de sus castas operaciones y de la santidad de su fruto:—«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que de tí nacerá, será llamado hijo de Dios» (3).—Eva, loca de orgullo, alarga una mano osada, y coge de la fruta prohibida; este es su *fiat*, seguido muy pronto de las ignominias y miserias del género humano; María, siempre humilde, exclama: «Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (4).—Y entonces, señores, esta mentira de Satanás, *eritis sicut dii*, se vuelve contra él. Nosotros somos verdaderamente como dioses. Como dioses,

(1) Quae cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutato. Et ait angelus ei: Ne times, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus *Jesus*. Hic est magus, et filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus; et regnabit in domo Jacob in aeternum. Et regni ejus non erit finis. (Luc. cap. 1. 29, 30, 31, 32, 33.)

(2) Dixit autem Maria ad angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? (*Ibid.* cap. I, 34.)

(3) Et respondens angelus dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbravit tibi.—Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur filius Dei. (*Ibid.* cap. I, 35.)

(4) Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum. (*Ibid.* cap. I, 38.)

pues que una hija de la humanidad es llamada á representar las criaturas en el contrato sublime de las bodas de la naturaleza divina con la naturaleza humana; como dioses, pues que una boca humana pronuncia un *fiat* que decide una maravilla más grande que la de la creación; como dioses, pues que una hija de los hombres, juntamente con el Padre eterno, llamará á Dios hijo mio; como dioses, pues que Dios se hace semejante á nosotros. El Verbo se hizo carne: *Et Verbum caro factum est.*

El Verbo se hace carne, ¡oh misterio adorable! nosotros nos detenemos ante vuestras sublimes profundidades, esperando, para entrar en ellas, que la Virgen que fué también preparada, se digne preparar nuestros espíritus. Virgen incomparable, madre admirable, dulce paraíso de la encarnación, perdonadme si no he hablado dignamente de vuestras perfecciones. Mi amor había anhelado más, pero la debilidad de mi espíritu no lo ha permitido. Tened en cuenta la pureza y el fervor de mis intenciones más bien que la imperfección de mi cántico. Y pues vos habéis prometido recompensar á todos los que publican vuestra gloria, obtenedme la gracia que yo deseo sobre todas las gracias, de ver á los que han escuchado mi palabra tomar parte en el misterio de vuestra divina maternidad. Que yo los vea á todos, á todos sin que falte uno solo, acercarse luego á la mesa santa, y que su alma purificada se abra como un paraíso para recibir la majestad anonadada de vuestro querido hijo.

ÍNDICE

DE LOS PRINCIPALES ERRORES CONTRARIOS Á LOS DOGMAS
EXPUESTOS EN ESTE VOLÚMEN.

I.—*Motivo de la Encarnación según la escuela tomista y según la escuela escotista.* (Véase la Conferencia XXV hacia el fin.)

La escuela tomista y la escotista sienten de diferente modo sobre el motivo de la Encarnación. Según los *escotistas*, el plan divino de la Encarnación encierra dos decretos; uno que mira la substancia misma del Misterio, y cuyo motivo es la glorificación de la naturaleza humana; este decreto hace abstracción total del pecado; otro, que tiene por objeto la circunstancia de posibilidad en la naturaleza que debe revestir el Verbo, y cuyo motivo es la reparación del pecado y la restauración de la humanidad caída. De donde se sigue que, en virtud del plan actual y del decreto presente, el Verbo habría encarnado, aun cuando Adán hubiese perseverado en la justicia y la hubiese transmitido á sus descendientes.

Los fundamentos de esta opinion son: 1.º Las palabras de San Pablo en su Epístola á los Colosenses (cap. 1.º), en las cuales afirma que Jesucristo es «*primogenitus omnis creaturae, quoniam in ipso condita sunt universa in coelis et in terra... et ipse est ante omnes et omnia in ipso constant.*» 2.º Muchos textos de los Santos Padres, siendo los principales los que á continuación expresamos: «*Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus, quod et limus, et sermo caro, quod et terra tunc. Sic enim prelatio Patris ad Filium: Facianus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Et fecit hominem Deus ad imaginem Dei fecit illum.* (Gén., cap. 1.º, 26, 27), scilicet Christi, electera. Ita limus illo jam tunc imaginem induens Christi futuri in carne, non tantum Dei opus erat sed et pignus»